

Declaración del Consejo de Colaboración de la Revista Casa de las Américas

Los integrantes del Consejo de Colaboración de la revista **Casa de las Américas**, reunidos en La Habana entre el 5 y el 8 de enero de este año para debatir cuestiones relativas a la revista, decidieron dar a conocer la siguiente declaración:

Todo escritor latinoamericano responsable tiene hoy conciencia de que está enfrentando una nueva situación. Entre los factores que la determinan se cuenta la reordenación de fuerzas tanto en el campo socialista como en el capitalista, y de manera primordial la reciente ofensiva norteamericana en el plano cultural, destinada a neutralizar, dividir o ganar para su causa a nuestros intelectuales. Tal ofensiva se hace patente en hechos como los Planes Camelot, Simpático, Numismático; el financiamiento por la CIA de investigaciones sociológicas; la contratación por el Departamento de Defensa de estudios académicos, a través de fundaciones y universidades; la adquisición de editoriales y revistas; las actividades del ILARI, dependencia del Congreso por la Libertad de la Cultura; la acción de los Cuerpos de Paz...

Lo nuevo de esta situación y, sobre todo, de las tácticas que en ella se están aplicando, tenía que provocar necesariamente un desconcierto parcial con respecto a las actitudes que nos toca asumir y defender. Por eso, y pese a las legítimas diferencias de opinión que puedan existir entre los escritores de izquierda, tenemos la convicción de que todos ellos sienten la necesidad de entablar un diálogo lo más abierto y amplio posible con objeto de articular los principios que permitan hacer frente a esa ofensiva y establecer un denominador común de acción.

Es obvio que la América Latina, como el Tercer Mundo en su conjunto, requiere una urgente transformación de sus estructuras socioeconómicas, que, al favorecer un pleno desarrollo en todos los campos, haga posible en la esfera de la creación esa libertad sin la cual ningún intelectual puede cumplir plenamente su tarea. A los pueblos del continente les toca llevar a cabo esa revolución de acuerdo con sus tradiciones, sus concepciones sociales y sus circunstancias históricas, incluso ejerciendo el legítimo derecho a la lucha armada como ha hecho Cuba y están haciendo otros pueblos.

El militarismo con sus métodos habituales, y la Alianza para el Progreso con mayor sutileza, tratan de malograr esa revolución o de encauzarla con miras a sus propios fines. En el plano cultural, tanto la Alianza como la O.E.A., instrumentos de la nueva política de los Estados Unidos, intentan desde hace algún tiempo colocar a nuestros intelectuales en una disyuntiva, ofreciéndoles posibilidades y abriéndoles perspectivas frente a cuya verdadera naturaleza tenemos el deber de poner en guardia a los escritores y a los artistas.

Si en cualquier circunstancia el intelectual está vinculado con las aspiraciones profundas de la comunidad en que vive, y que se expresan directa o indirectamente en su obra, entendemos que ese vínculo es todavía mayor en países subdesarrollados como los nuestros, sometidos a la acción del imperialismo norteamericano, de las oligarquías nativas y de las extorsiones económicas de los países altamente industrializados. Esa explotación se traduce en la miseria y el analfabetismo de las grandes masas, y frente a ella nuestros escritores están llamados a ser la voz, en el plano de la cultura, de esos desposeídos. No puede extrañar, pues, que dadas las condiciones imperantes, muchos de nuestros intelectuales hayan despertado a una responsabilidad que antes era frecuente evadir, y que otros asuman actitudes cada vez más militantes, al punto de combatir, sufrir prisión o exilio, o verse condenado al silencio en sus propios países, de la misma manera que se busca aislar a nuestros pueblos entre sí mediante un abierto o disimulado bloqueo cultural.

Nadie ignora que las poblaciones latinoamericanas están siendo sometidas diariamente a una campaña que deforma la verdad, las conciencias y los valores, y que utiliza para ello los múltiples medios de la industria cultural: cierto cine, radio, televisión, prensa, etc., son los medios masivos, y por desgracia eficaces, con los que se destruyen o adulteran las creaciones auténticamente originales y se sume a las masas en la apatía, la trivialidad o el consentimiento. A nosotros nos toca combatir ese arte degradado porque es él, y no ninguna forma verdadera de arte o de literatura, el que aleja a nuestros pueblos de sus fuentes más profundas y los vuelve vulnerables a esa penetración cultural que precede a la que intentará acabar con su soberanía y su libertad.

Más que nunca es el momento de decir hasta qué punto estamos convencidos de que la más irrestricta libertad creadora es atributo capital de la revolución a que aspiramos, y que por eso no rechazamos ninguna técnica, ningún procedimiento, ninguna forma de aproximación a las diversas zonas de la realidad. Creemos que el más alto rigor y la más extrema calidad de la labor intelectual y artística son siempre revolucionarios, porque constituyen el alimento del futuro y dan a la causa del hombre su exigente hermosura. Todo arte genuino sirve a esa causa y debe ser estimulado y defendido, independientemente muchas veces de los propósitos de su autor. Pero al mismo tiempo postulamos la necesidad, igualmente imperiosa, de que el escritor asuma su responsabilidad social y participe con su obra, o con lo que las circunstancias puedan señalarle, en la lucha por la liberación de los pueblos latinoamericanos.

Esa lucha puede librarla el escritor en muchos frentes, y uno de ellos es el imprescindible intercambio con las diversas culturas latinoamericanas o de otras regiones y, en el plano inmediato, con el contacto directo a través de traducciones, coloquios y otras tareas de reciprocidad y enlace cultural. Pero este diálogo, que como tal presupone reconocer y expresar concepciones diferentes y aun opuestas, sólo puede establecerse bajo condiciones precisas, máxime cuando las fuerzas son tan desiguales. No se puede dialogar con quien trata de usar a los escritores en favor de inaceptables intereses, neutralizando su libertad y su plena solidaridad con la lucha de los pueblos del continente. Sólo en una situación real de igualdad y respeto puede efectuarse este intercambio cultural. Por estos motivos, consideramos que es hoy más necesaria que nunca la unidad de los escritores latinoamericanos de izquierda: nunca como ahora, cuando el peligro de la intervención armada que se ha ejercido en Santo Domingo está pendiente sobre nosotros, y cuando todos los días es salvajemente bombardeado Vietnam, ha sido más urgente una lucha coordinada contra el enemigo común de nuestra América. Esa situación hace necesario el intercambio de experiencias entre los escritores de la América Latina en una gran asamblea. Y aun pensamos que junto con ellos deberían reunirse los escritores africanos y asiáticos, porque más allá de las diferencias de lengua y de cultura, todos encaramos situaciones semejantes. Por eso concluimos con un llamamiento a los intelectuales de los países subdesarrollados para que concurran a un debate sobre su problemática en esta hora, que es la hora de nuestra América, de todo el Tercer Mundo.

La Habana, 8 de enero de 1967.

Emmanuel Carballo (México); Julio Cortázar (Argentina); Roque Dalton (El Salvador); René Depestre (Haití); Edmundo Desnoes (Cuba); Roberto Fernández Retamar (Cuba); Ambrosio Fornet (Cuba); Manuel Galich (Guatemala); Lisandro Otero (Cuba); Graziella Pogolotti (Cuba); Angel Rama (Uruguay); Mario Vargas Llosa (Perú); David Viñas (Argentina). Jorge Zalamea (Colombia), no ha podido llegar aún a Cuba.

Adhieren Jorge Zalamea y otros intelectuales
latinoamericanos a la Declaración del Comité
de Colaboración de la Revista Casa de las
Américas.

Jorge Zalamea / Colombia
Juan Bañuelos / México
Miguel Barnet / Cuba
Mario Benedetti / Uruguay
César Calvo / Perú
Héctor Cattólica / Argentina
Lumir Civrny / Checoslovaquia
Eliseo Diego / Cuba
Ulises Estrella / Ecuador
Pablo Armando Fernández / Cuba
Victor García Robles / Argentina
Nicolás Guillén / Cuba
Fayad Jamis / Cuba
Noé Jitrik / Argentina
Enrique Lihn / Chile
Thiago de Melo / Brasil
Sergio Mondragón / México
Marco A. Montes de Oca / México
Nancy Morejón / Cuba
José Emilio Pacheco / México
Heberto Padilla / Cuba
Carlos Pellincer / México
Félix Pita Rodríguez / Cuba
Guillermo Rodríguez Rivera / Cuba
Alejandro Romualdo / Perú
Luis Suardíaz / Cuba
Jorge Teillier / Chile
Gianni Toti / Italia
Francisco Urondo / Argentina
Idea Vilariño / Uruguay
Ida Vitale / Uruguay
Manuel Agustín Aguirre / Ecuador
Jesús Díaz / Cuba
Francisco Fernández Santos / España
Andrés Lizarraga / Argentina
Carlos Monsivais / México
José Miguel Oviedo / Perú
Mario Monteforte Toledo / Guatemala
Luis Villoro / México
Germán Rozenmacher / Argentina
Dalmiro Sáenz / Argentina
Leopoldo Marechal / Argentina
Juan Marsé / España
José Triana / Cuba
José Lezama Lima / Cuba
Hernán Ramírez Necochea / Chile